

Pablo:
apóstol del corazón liberado

F. F. Bruce

EDITORIAL CLIE

C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: libros@clie.es
<http://www.clie.es>



Publicado originalmente en inglés bajo el título
Paul: Apostle of the Heart set Free by © Paternoster Press,
una división de Authentic Media Limited

*«Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra solo
puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org
<<http://www.cedro.org>>) si necesita fotocopiar o
escanear algún fragmento de esta obra».*

© 2012 Editorial CLIE, para esta versión en español

Frederick Fyvie Bruce

PABLO: apóstol del corazón liberado

D.L.: B.11823-2012

ISBN: 978-84-8267-559-6

Clasifíquese: 2150 - Estudio Bíblico-Biográficos

CTC: 01-30-2150-27

Referencia: 224751

Impreso en Colombia/ Printed in Colombia

A mis nietas

HELEN, ANNA, ESTHER Y WINONA MARY

y a mis nietos

PETER, FREDERICK, ALAN Y PAUL

ÍNDICE

Abreviaturas	11
Prefacio	15
Introducción	17
1. Pablo, el escritor de cartas	17
2. Pablo y la expansión del cristianismo	19
3. Pablo, el predicador de la gracia gratuita	21
CAPÍTULO I. El ascenso de Roma	25
1. Roma desde una perspectiva oriental	25
2. De rústico asentamiento a imperio mundial	27
CAPÍTULO II. Los judíos bajo dominio extranjero	31
1. De Ciro a Vespasiano	31
2. Los judíos en la diáspora	35
CAPÍTULO III. “De una ciudad no insignificante”	37
1. La provincia de Cilicia	37
2. La ciudad de Tarso	38
CAPÍTULO IV. “Este hombre es ciudadano romano”	43
1. El derecho de ciudadanía	43
2. El registro civil	45
CAPÍTULO V. “Hebreo de hebreos”	47
1. La herencia judía de Pablo	47
2. Los fariseos	50
3. Los fariseos en los días de Pablo	56
CAPÍTULO VI. “Cuando vino el cumplimiento del tiempo”	61
1. La esperada liberación	61
2. El libertador esperado	63
CAPÍTULO VII. El inicio del “Camino”	71
1. ¡Ha resucitado!	71
2. Cristología primitiva	74
3. Actividad y muerte de Esteban	77
CAPÍTULO VIII. Perseguidor de la Iglesia	81
1. La campaña de represión	81
2. Misión en Damasco	84
CAPÍTULO IX. Pablo se convierte en cristiano	87
1. En el Camino de Damasco	87
2. Los pactistas de Damasco	89
3. Con los discípulos de Damasco	93
CAPÍTULO X. Pablo y la tradición de Jerusalén	97
1. Pablo viaja a Jerusalén	97

2. Pablo conoce a Pedro y a Jacobo	98
3. Revelación y tradición	101
4. Pablo se dirige a Siria y Cilicia	109
CAPÍTULO XI. Pablo y el Jesús histórico	111
1. Alusiones históricas	111
2. La nueva perspectiva.....	113
3. La tradición de los Evangelios	116
4. La enseñanza de Jesús.....	118
5. Otras coincidencias secundarias	123
6. La ley de Cristo.....	128
CAPÍTULO XII. Pablo y el Cristo exaltado	133
1. La gloria de aquella luz.....	133
2. El Señor exaltado	135
3. El Señor y el Espíritu	141
4. La imagen de Dios	144
CAPÍTULO XIII. Pablo y la misión al mundo helenista	149
1. Pablo regresa al mundo griego	149
2. El plan misionero judío	151
3. El Evangelio llega a Antioquia de Siria.....	153
CAPÍTULO XIV. Hombre con visión y hombre de acción	159
1. Una extraña experiencia.....	159
2. El “misticismo” de Pablo	161
3. Compartiendo los sufrimientos mesiánicos	164
4. Vida en el Espíritu	166
5. Comunidad y “Misterios”.....	168
6. La Evidencia del libro de los Hechos.....	170
7. Visión y Apostolado	172
CAPÍTULO XV. La Conferencia de Jerusalén	175
1. Líderes en Antioquia	175
2. Hambre en Judea.....	177
3. La entrevista con los líderes de Jerusalén.....	178
4. Demarcación de campos de misión	180
5. “Acordaos de los pobres”	184
6. El asunto de la circuncisión	185
CAPÍTULO XVI. Extensión de la Iglesia en Chipre y Asia Menor	189
1. Pablo y Bernabé en Chipre	189
2. El Evangelio llega a Frigia.....	192
3. Problemas en la evangelización de los gentiles	196
4. Ciudades de Licaonia	199
CAPÍTULO XVII. El problema gentil	205
1. Repercusiones en Jerusalén	205
2. Confrontación en Antioquia	207
3. La Carta a los Gálatas	211
4. El Decreto Apostólico	217

CAPÍTULO XVIII. “Lo que la ley no podía hacer”	223
1. La experiencia de Pablo con la ley.....	223
2. Cristo: el fin de la ley.....	225
3. El hombre bajo la ley.....	229
4. Liberación de la ley	235
5. La ley del amor.....	238
CAPÍTULO XIX. Carne y Espíritu	241
1. Carne	241
2. Espíritu	245
CAPÍTULO XX. De Antioquia a Filipos	251
1. Pablo y Silas se dirigen a Asia Menor	251
2. Timoteo se une al grupo misionero	253
3. El llamado a Macedonia	256
4. El Evangelio llega a Filipos	258
CAPÍTULO XXI. El cristianismo en Tesalónica	263
1. De Filipos a Tesalónica.....	263
2. La acusación de subversión	265
3. La apresurada partida de Pablo	267
4. La correspondencia tesalonicense.....	268
5. El día del Señor y el hombre de pecado	271
6. El poder que lo detiene.....	274
CAPÍTULO XXII. Pablo y los atenienses	277
1. Visita a Berea	277
2. Pablo en Atenas.....	279
3. El discurso del Areópago	281
4. El conocimiento del Dios desconocido	282
5. La doctrina del hombre	284
6. El paulinismo del discurso del Areópago.....	286
7. La resurrección de los muertos.....	290
CAPÍTULO XXIII. La Iglesia de Dios en Corinto	293
1. Pablo llega a Corinto	293
2. Corinto	294
3. Priscila y Aquila	296
4. Los primeros convertidos corintios	297
5. El “juicio” de Galión.....	299
6. Pablo abandona Corinto	301
7. Apolos y su “escuela”	301
8. Noticias de “los de Cloé”	304
9. “Sabios” en Corinto	306
10. “Hermanos débiles” en Corinto.....	309
CAPÍTULO XXIV. La correspondencia corintia	311
1. La carta de los corintios a Pablo	311
2. Una visita dolorosa y una carta severa	322
3. Reconciliación temporal	323
4. Desafío de la autoridad de Pablo.....	325

CAPÍTULO XXV. El Bautismo y la Santa Cena en el pensamiento paulino ...	329
1. Bautismo	329
2. La cena del Señor	332
CAPÍTULO XXVI. Éfeso: una puerta abierta y muchos adversarios.....	337
1. Pablo llega a Éfeso.....	337
2. El relato de Lucas acerca de Pablo en Éfeso.....	340
3. Peligros en Éfeso	346
4. ¿Encarcelamiento en Éfeso?.....	351
CAPÍTULO XXVII. Pablo y la vida venidera	353
1. Trasfondo del pensamiento	353
2. Nueva perspectiva.....	358
3. El problema de los tesalonicenses	359
4. La resurrección de los muertos.....	361
5. ¿Qué ocurre tras la muerte?.....	363
CAPÍTULO XXVIII. Adiós a Macedonia y Acaya.....	369
1. Pablo mira hacia el oeste.....	369
2. Después de Éfeso	372
3. La colecta para Jerusalén.....	374
CAPÍTULO XXIX. El Evangelio según Pablo	381
1. Justicia por la fe.....	381
2. La necesidad universal	383
3. El camino de la salvación.....	385
4. Libertad del pecado	387
5. Libertad de la ley.....	387
6. Libertad de la muerte	389
7. Israel y los gentiles en el propósito salvador de Dios	390
8. La forma de vida cristiana.....	393
9. Saludos finales.....	395
CAPÍTULO XXX. Última visita a Jerusalén	397
1. El viaje a Judea	397
2. Premoniciones de dificultades	402
3. Jacobo y los ancianos	404
4. Pablo custodiado	408
5. Pablo es enviado a Cesarea.....	412
CAPÍTULO XXXI. Cesarea y la apelación a César.....	415
1. Pablo y Félix.....	415
2. Los amigos de Pablo.....	420
3. Dos años en Cesarea.....	421
4. Un nuevo procurador	424
5. La apelación a César.....	425
CAPÍTULO XXXII. “Y así llegamos a Roma”	431
1. Embarque a Italia	431
2. La tempestad.....	433
3. Invierno en Malta.....	436
4. ¡Por fin, Roma!	437

5. Preguntas sin respuesta	439
CAPÍTULO XXXIII. Pablo y el cristianismo en Roma	443
1. Judíos y cristianos en Roma	443
2. Cristianos gentiles en Roma	447
3. La organización del cristianismo en Roma	448
4. Evidencia que aportan los saludos de Romanos 16	450
5. Evidencia de la carta a los Filipenses	455
6. Evidencia de la carta a los Colosenses	456
CAPÍTULO XXXIV. La carta a Filemón	459
1. Autoría	460
2. Lugar de Redacción	463
3. El caso de Onésimo	466
4. Tres preguntas	468
5. Tres respuestas	473
CAPÍTULO XXXV. Principados y potestades	475
1. El evangelio en el valle del Lico	475
2. Autoría y fecha	476
3. La “heregía colosense”	481
4. El Cristo cósmico	486
5. La derrota de los poderes demoníacos	491
CAPÍTULO XXXVI. La quintaesencia del Paulinismo	493
1. Cuestiones preliminares	493
2. Relación con otras cartas paulinas	495
3. La salvación por gracia mediante la fe	496
4. La parusía	497
5. El Espíritu Santo	498
6. El nuevo hombre	490
7. De la oscuridad a la luz	503
8. La pared derribada	504
9. El ascenso celestial	506
10. El misterio divino	508
CAPÍTULO XXXVII. Los últimos días de Pablo: historia y tradición ..	511
1. Persecución bajo Nerón	511
2. ¿Evidencia de las epístolas pastorales?	513
3. ¿Liberación y segundo encarcelamiento?	515
4. Clemente de Roma	517
5. El Canon de Muratori	520
6. El camino de Ostia	521
7. La vía Apia	523
8. Pablo en la memoria romana	526
CAPÍTULO XXXVIII. Reflexiones finales	529
1. La personalidad de Pablo	529
2. Pablo en la iglesia primitiva	537
3. Pablo en la ficción y la leyenda	541
4. La perdurable influencia de Pablo	544

Tabla Cronológica	551
Bibliografía Selecta	553
Índices	559
Índice de personas, lugares y escritos	561
Índice de temas	574
Índice de referencias	584
Autores Clásicos.....	584
Antiguo Testamento.....	586
Nuevo Testamento.....	588
Apócrifos judíos y seudoepigráficos	598
Qumram	598
Josefo	599
Filón	600
Otros escritos judíos.....	600
Escritos cristianos	601

Abreviaturas

- AJA* *American Journal of Archaeology* [Revista americana de arqueología]
- Ant.* *Antigüedades de los judíos* (Josefo)
- AV* Versión autorizada del Rey Jacobo
- BC* *The Beginnings of Christianity* [Los comienzos del cristianismo], ed. F. J. Foakes-Jackson y K. Lake, Londres, 1920-33
- BGU* *Berliner Griechische Urkunden* [Documentos Griegos de Berlín].
- BJ* *De Bello Iudaico* (Guerras de los judíos) (Josefo)
- BJRL* *Bulletin of the John Rylands (University) Library* [Boletín de la biblioteca (universitaria) John Rylands], Manchester
- BZNW* *Beiträge zur Zeitschrift für die neutestamentliche Wissenschaft* [Anexos de la Revista de filología neotestamentaria]
- CD* Libro del Pacto de Damasco (= Obra Sadoquita)
- CIG* *Corpus Inscriptionum Graecarum*
- CIL* *Corpus Inscriptionum Latinarum*
- CSEL* *Corpus Inscriptionum Ecclesiasticorum Latinorum*
- DACL* *Dictionnaire d'Archéologie chrétienne et de Liturgie* [Diccionario de arqueología cristiana y de liturgia]
- EQ* *The Evangelical Quarterly* [Revista teológica británica trimestral]
- E. T.* Traducción inglesa
- Ev. Th.* *Evangelische Theologie* [Teología evangélica]
- HDB* *Hastings' Dictionary of the Bible* [Diccionario bíblico de Hastings], 5 tomos
- Hist. Eccl.* *Historia Eclesiástica* (Eusebio)
- HJP* *History of the Jewish People in the Age of Jesus Christ*, E. T. (E. Schürer) [Hay versión castellana: *Historia del pueblo judío en tiempos de Jesús*, Ed. Cristiandad, Madrid, 1985]
- ibid.* *ibidem* ("en el mismo lugar")
- ICC* *International Critical Commentary* [Comentario crítico internacional]
- IGRR* *Inscriptiones Graecae ad Res Romanas Pertinentes*
- JBL* *Journal of Biblical Literature* [Revista de literatura bíblica]
- JRS* *Journal of Roman Studies* [Revista de estudios romanos]
- JTS* *Journal of Theological Studies* [Revista de estudios teológicos]
- loc. cit.* *loco citato* ("en el lugar citado")

- LXX Septuaginta (versión griega del Antiguo Testamento anterior al cristianismo)
- MAMA *Monumenta Asiae Minoris Antiqua*
- MT Texto masorético
- Nat. Hist. *Naturalis Historia*, Historia Natural (Plinio el viejo)
- NEB *New English Bible* [Nueva Biblia inglesa]
- n. s. nueva serie
- NTS *New Testament Studies* [Estudios del Nuevo Testamento]
- OGIS *Orientalis Graeci Inscriptiones Selectae* (Ed. W. Dittenberger)
- op. cit. *opus citatum* (“obra citada”)
- Q Qumrán
- 1QH *Hodayot* (Himnos de acción de gracias) de la cueva 1 de Qumrán
- 1Qisa Rollo completo de Isaías de la cueva 1 de Qumrán
- 1Qisb Rollo incompleto de Isaías de la cueva 1 de Qumrán
- 1QM *Milhamah* (Libro de la guerra) de la cueva 1 de Qumrán
- 1QpHab *Pesher* (Comentario de Habacuc) de la cueva 1 de Qumrán
- 1QS *Serek* (Norma de la comunidad) de la cueva 1 de Qumrán
- 4QpNah *Pesher* (Comentario de Nahum) de la cueva 4 de Qumrán
- QDAP *Quarterly of the Department of Antiquities of Palestine* [Boletín trimestral del Departamento de antigüedades de Palestina]
- RE *Realenzyklopädie der klassischen Altertumswissenschaft* [Real Enciclopedia de la Antigüedad clásica] (A. F. von Pauly y G. Wissowa)
- RHPR *Revue d'Histoire et de Philosophie Religieuses* [Revista de historia y filosofía religiosas]
- RSV *Revised Standard Version* [Versión estándar revisada]
- s. v. *sub voce* (“bajo la palabra”)
- TB Talmud babilónico
- TDNT *Theological Dictionary of the New Testament*, i-ix (1964-74), versión inglesa del *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament*, i-ix (1933-74), ed. G. Kittel y G. Friedrich [Hay versión castellana: *Compendio del diccionario teológico del Nuevo Testamento*, Libros Desafío]
- TJ Talmud palestino o de Jerusalén
- ZAW *Zeitschrift für die alttestamentliche Wissenschaft* [Revista de estudios veterotestamentarios]
- ZDPV *Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins* [Revista de la Sociedad Palestina de Alemania]
- ZNW *Zeitschrift für die neutestamentliche Wissenschaft* [Revista de filología neotestamentaria]
- ZTK *Zeitschrift für Theologie und Kirche* [Revista para la teología y la iglesia]

*Recordemos el comentario que hizo
T. R. Glover con motivo de la sentencia
condenatoria del apóstol de los gentiles de
parte de un emperador romano: “Llegará el
día cuando los hombres llamarán a su perro
Nerón y a su hijo Pablo”.*

Prefacio

Esta obra se propone presentar, esencialmente, un material que ha sido ya impartido con anterioridad en clases o publicado parcialmente en diferentes artículos a lo largo de muchos años.

Cuando en 1959 asumí mi actual responsabilidad en la Universidad de Manchester, uno de los cursos que ya formaba parte del plan de estudios de la *Honours School of Biblical Studies* se llamaba “La Trayectoria Misionera del apóstol Pablo en su Contexto Histórico”. Las clases que preparé para este curso —especialmente agradable para mí— constituyen el núcleo de los capítulos siguientes. La vida y el pensamiento de Pablo no eran temas desconocidos para mí antes de este tiempo; sin embargo, en los últimos dieciocho años he dedicado más tiempo y atención a este campo de estudios que a cualquier otro. Mi intención no es exponer las enseñanzas de Pablo de forma sistemática, sino más bien tratar sus temas principales en su contexto histórico, tal como el apóstol mismo hiciera en sus cartas.

Desde que llegué a Manchester he venido dando, año tras año, conferencias públicas en la Biblioteca John Rylands (que desde 1972 es la Biblioteca Universitaria John Rylands de Manchester). La mayoría de ellas versaban sobre alguno de los aspectos de los estudios paulinos, y fueron posteriormente publicadas en el *Boletín* de la biblioteca. Lo más esencial de ocho de ellas se encuentra en las páginas siguientes: “Pablo en Roma, 1”, *BJRL*, marzo de 1964 (capítulos 4, 31 y 32), “Pablo en Roma 2”, otoño de 1965 (capítulo 34), “Pablo en Roma 3”, primavera de 1966 (capítulo 35), “Pablo en Roma, 4”, primavera de 1967 (capítulo 36), “Pablo en Roma, 5”, primavera de 1968 (capítulo 37), “Pablo y el Jesús histórico”, primavera de 1974 (capítulo 11), “Pablo y la ley de Moisés”, primavera de 1975 (capítulo 18), “Cristo y el Espíritu en las epístolas paulinas”, primavera de 1977 (capítulo 12). Estoy muy agradecido al Dr. F. W. Ratcliffe (Bibliotecario y Director de la Universidad) y al Dr. Frank Taylor (Editor del *Boletín*) por el permiso para poder reproducirlos de forma revisada o adaptada.

Estoy también en deuda con el editor de *The Expository Times* por su permiso para incluir en el capítulo 22 una versión ampliada de mi artículo “Pablo en Atenas” que apareció en aquella revista en octubre de 1976.

Quiero dar las gracias en particular a mi secretaria, la Srta. Margaret Hogg quien, con su diligencia y alegría habituales, mecanografió toda la obra y fue una ayuda muy valiosa en la corrección del texto y la confección del índice. Su manuscrito, exacto y bien hecho, ha facilitado muchísimo la tarea del impresor que de este modo no ha tenido que vérselas con el problema de descifrar mi propio manuscrito: problema que ella ha sabido resolver con confianza y gran éxito.

F.F.B. 1977

Introducción

No se me ocurre ninguna otra excusa para la publicación de otro libro sobre Pablo que la que dio el autor de los *Hechos de Pablo*: la he escrito *amore Pauli*, por amor a Pablo. Durante más de medio siglo he sido estudiante y profesor de literatura antigua, y no he dedicado tanto tiempo a ningún otro autor de literatura antigua como a Pablo. No se me ocurre autor alguno, antiguo o moderno, cuyo estudio sea tan maravillosamente gratificante. Esto se debe a varios aspectos de su polifacético carácter: el calor de su personalidad, su gran estatura intelectual, la estimulante liberación que produce su evangelio de la gracia redentora, la fuerza con la que predicaba este evangelio por todo el mundo entregándose resueltamente al cumplimiento de la tarea que recibió en el camino de Damasco (“una cosa hago”), trabajando en este propósito más que los demás apóstoles, “pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo”. Mi propósito al escribir este libro es, por tanto, compartir algo de las riquezas que yo mismo he recibido mediante el estudio de Pablo.

1. Pablo, el escritor de cartas

De todos los autores del Nuevo Testamento, Pablo es el que, sin lugar a dudas, más ha expresado su propia personalidad en sus escritos. Es, esencialmente, por esta razón por lo que se ha ganado un lugar indisputable entre los grandes escritores epistolares de la literatura mundial. Y esto no se debe a que escribiese sus cartas esforzándose en refinar su estilo o a que estas fueran dirigidas a un público más amplio que quienes eran sus primeros destinatarios, sino porque sus cartas expresan sus ideas y su mensaje con mucha espontaneidad y, por tanto, muy elocuentemente. “Sin lugar a dudas es una de las grandes figuras de la literatura griega”, dijo Gilbert Murray.¹ Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff, un helenista más

¹ G. G. A. Murray, *Four Stages of Greek Religion* (Nueva York, 1912), p. 146.

destacado aun que Murray, le describió como un “clásico del helenismo”. Según él, Pablo no incorporó directamente ninguno de los elementos de la cultura griega y, sin embargo, no solamente escribe en griego, sino que piensa en griego; sin darse cuenta, Pablo lleva a cabo el testamento de Alejandro Magno al llevar el Evangelio a los griegos.

¡Por fin, por fin hay alguien que, de nuevo, habla en griego a partir de una renovada experiencia vital! Esta experiencia es la fe que le aporta una gran certeza en su esperanza. Su ardiente amor abraza a toda la humanidad: pues para llevar a todos la salvación Pablo sacrifica gozosamente su propia vida. Sin embargo, las aguas frescas del alma brotan dondequiera que va. El apóstol escribe sus cartas en sustitución de su actividad personal. El estilo de sus epístolas es paulino, Pablo mismo y ningún otro.²

¡Estas palabras representan un elogio no pequeño de parte de un helenista para alguien que dijo ser hebreo de hebreos!

Las cartas de Pablo son nuestra primordial fuente de información para conocer su vida y su obra y el venero más importante para nuestro conocimiento de los orígenes del cristianismo, ya que son los documentos cristianos que pueden datarse más temprano. Los más importantes de ellos se escribieron de 18 a 30 años después de la muerte de Cristo. No hay duda que algunos escritores han usado la forma epistolar para encubrir sus verdaderos pensamientos. Sin embargo, la transparente honestidad de Pablo era incompatible con cualquier artificialidad de este tipo. Cuando es necesario, se esfuerza en ser diplomático ya sea que escriba a sus propios convertidos o a personas que desconoce personalmente; pero, aun así, nunca oculta sus verdaderos sentimientos.

Tal espontaneidad se debió, sin lugar a dudas, a la costumbre de Pablo de dictar sus cartas en lugar de escribirlas él mismo. Al dictarlas, el apóstol pone a los destinatarios de sus cartas ante sí, y les escribe como si les hablara personalmente. Aun en el caso de haber utilizado la ayuda de un amanuense, el estilo sigue siendo el suyo, particularmente en las epístolas “capitales”, expresión que se refiere por regla general a sus cartas a los Gálatas, Corintios y Romanos. Cuando el amanuense en cuestión era un estrecho colaborador del apóstol, como Timoteo o Lucas, posiblemente tenía un margen de maniobra un poco más amplio para introducir algo de su propio estilo, sin embargo, cuando Pablo se enardecía hablando de sus temas preferidos, cualquier amanuense habría tenido problemas

² U. von Wilamowitz-Moellendorff, *Die griechische Literatur des Altertums = Die Kultur der Gegenwart*, ed. P. Hinneberg, I, 8 (Berlín/Leipzig, 3ª ed., 1912), p. 232

para seguir sus dictados. Si los amanuenses de Pablo hubieran seguido el procedimiento normal de aquel tiempo, habrían escrito lo que Pablo les dictaba con un listoncito de madera sobre tablas de cera, usando posiblemente algún sistema de taquigrafía para transcribir el texto más tarde en una hoja de papiro o en un rollo.

Considerando la evidente espontaneidad de las cartas de Pablo hay que sospechar de cualquier relato que esté en contradicción con sus afirmaciones. Existe una narración del siglo I que –al parecer– fue redactada en completa independencia de sus cartas: se trata del libro de los Hechos de los Apóstoles (una obra que fue escrita como la segunda parte de una historia de los orígenes del cristianismo y cuya primera parte se conoce con el nombre de “Evangelio de Lucas”). Este libro es nuestra fuente auxiliar de información más importante para conocer la vida y obra de Pablo, y la presente obra se basa en la convicción (argumentada en otro lugar)³ de que se trata de una fuente de alto valor histórico. Las diferencias entre la imagen de Pablo que nos ofrecen sus cartas reconocidas y la que nos presenta el libro de los Hechos son las que cabría esperar entre un auto-retrato y el retrato realizado por otro artista ante quien habría posado, ya sea de manera consciente o inconsciente, como en este caso. El Pablo del libro de los Hechos es el Pablo histórico tal como lo vio un observador benevolente y minucioso, pero independiente a la vez, cuya narrativa provee un marco convincente para, por lo menos, las principales epístolas y que puede ser usado con confianza para complementar las informaciones que tenemos en las cartas paulinas.⁴

2. Pablo y la expansión del cristianismo

Sin embargo, el impacto de Pablo en la historia del mundo ha sido quizá mayor como hombre de acción que como autor de cartas. Consideremos, por ejemplo, dos fenómenos históricos que, de no sernos tan familiares, a buen seguro nos resultarían sorprendentes:

³ Véase F. F. Bruce, *The Acts of the Apostles* (Londres, 2ª ed., 1952), págs. 15ss. *et passim*, existe traducción española. F. F. Bruce, *Hechos de los Apóstoles* (Ed. Certeza).

⁴ Las últimas dos frases se exponen con detalle en F. F. Bruce, “Is the Paul of Acts the Real Paul?” *BJRL* 58 (1975-76), págs. 282-305. Dos artículos importantes que deben mencionarse son P. Vielhauer, “On the ‘Paulinism’ of Acts”, E. T. en *Studies in Luke-Acts: Essays in Honor of Paul Schubert*, ed. L. E. Keck y J. L. Martín (Nashville/Nueva York, 1966), págs. 33-50 (un estudio que defiende conclusiones que difieren considerablemente de las mías) y C. K. Barrett, “Acts and the Pauline Corpus”, *Expository Times* 88 (1976-77), págs. 2-5 (un estudio que despierta interés por la obra mayor sobre Hechos que el Dr. Barrett está preparando para el *International Critical Commentary*).

En primer lugar, el cristianismo surgió como un movimiento dentro de la comunidad judía, pero no en la diáspora, sino en Israel. Su fundador era judío al igual que sus discípulos, los cuales, en los años que siguieron a su ascensión, proclamaron las buenas noticias que les habían sido encomendadas únicamente a los judíos. Sin embargo, en poco más de una generación tras la muerte de Cristo, el cristianismo fue considerado por las autoridades del Imperio Romano como una religión mayoritariamente no-judía, y hasta el día de hoy sigue habiendo lugares del mundo donde la antítesis judío-cristiano es simplemente sinónimo de la que representa la expresada por el binomio judío-gentil.

En segundo lugar, el cristianismo surgió en el sudoeste de Asia entre personas que se comunicaban en arameo. Sin embargo, los primeros documentos cristianos nos han llegado en griego, idioma en el que fueron originalmente escritos. Durante muchos siglos, el cristianismo fue considerado, para bien o para mal, como una religión básicamente europea.

Ambos fenómenos, que en realidad son dos aspectos del mismo acontecimiento, se deben en gran medida a la energía con la que Pablo, judío de nacimiento y educación, proclamó el Evangelio de Jesucristo en el mundo de los gentiles, desde Siria hasta Italia (puede que incluso en España) durante los treinta años que siguieron a su conversión al cristianismo aproximadamente en el año 33 dC. La fuerza con la que llevó a cabo su cometido puede ilustrarse con una de las fases de su ministerio apostólico: nos referimos a la década que va de los años 47 al 57 dC. Veamos el resumen que nos ofrece Roland Allen:

En poco menos de 10 años, San Pablo estableció iglesias en cuatro provincias del Imperio: Galacia, Macedonia, Acaya y Asia. Antes del año 47 no había iglesias en estas provincias. En el año 57 el apóstol Pablo se expresa como si su ministerio en aquellos lugares hubiera terminado y pudo hacer planes para desarrollar intensas giras por Occidente sin tener una preocupación especial por el hecho de que las iglesias que él había fundado pudieran dejar de existir en su ausencia por falta de liderazgo y apoyo.⁵

Su confianza estaba justificada: tales iglesias, lejos de dejar de existir, crecieron y prosperaron.

Pablo no era el único predicador del cristianismo en el mundo de aquel tiempo. Hubo otros que predicaron el Evangelio: unos en unidad

⁵ R. Allen, *Missionary Methods: St. Paul's or Ours?* (Londres, 1927), p. 3

con él y otros por rivalidad⁶ –sin embargo, nadie le hizo sombra como misionero pionero y fundador de iglesias y nada puede quitarle su merecido honor como Apóstol de los gentiles por excelencia.

3. Pablo, el predicador de la gracia gratuita

Sin embargo, la contribución más importante de Pablo al mundo fue su presentación de las Buenas Nuevas de la gracia gratuita –tal como él mismo lo habría expresado correctamente–, es decir, la reexpresión de las Buenas Nuevas proclamadas en la enseñanza de Jesucristo y encarnadas en su vida y obra. La gracia gratuita de Dios que Pablo proclamaba es gracia gratuita en más de un sentido: es gratuita porque es soberana e inmerecida, gratuita también en tanto se ofrece a todo el mundo para ser aceptada solo por la fe, y gratuita, igualmente, por cuanto es la fuente y el principio de la liberación de cualquier forma de cautividad interior y espiritual, incluyendo la esclavitud del legalismo y de la anarquía moral.

El Dios cuya gracia proclamaba Pablo es el único Dios que hace maravillas: crea el universo de la nada, resucita a los muertos y justifica a los impíos. Este último es el mayor de todos los milagros: la creación y la resurrección representan el poder del Dios vivo dando la vida, pero la justificación de los impíos es a primera vista una contradicción con su carácter de Dios justo, Juez de toda la tierra que, en sus propias palabras, no “justificará al impío” (Éxodo 23:7). Pero precisamente la cualidad de la gracia divina consiste en el hecho que, en el mismo acto de extenderla al hombre que no la merece, Dios pone de manifiesto que él es “el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Romanos 3:26).

El entendimiento que de Dios tiene Pablo está por completo en armonía con la enseñanza de Jesucristo. El Dios que encontramos en una parábola tras otra perdonando libremente al pecador o dando la bienvenida al hijo pródigo que vuelve a casa no está ejerciendo su misericordia a expensas de su justicia: sigue siendo el Dios coherente consigo mismo y cuya coherencia es la razón por la que los pecadores no han sido “consumidos” (Malaquías 3:6); o dicho en palabras de otro profeta del Antiguo Testamento: “no retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia” (Miqueas 7:18).

⁶ C. K. Barrett (*Acts and the Pauline Corpus*, págs. 4 s.) identifica por lo menos dos misiones cristianas en el mundo greco-romano de aquel tiempo, aparte de la del apóstol Pablo: una que fue dirigida por Pedro y otra cuyo origen se remontaba a Esteban y sus seguidores helenistas. El autor considera Hechos como un monumento al proceso que llevó a la sintonía a las tres misiones tras la muerte de sus fundadores y los acontecimientos del año 70 dC.

Pero la gracia no se manifiesta tan solo en la aceptación de los pecadores por parte de Dios, sino también en la transformación de los tales a la semejanza de Cristo. Las palabras de Thomas Erskine se han citado a menudo en el sentido de que: “en el Nuevo Testamento, la religión es gracia y la ética, gratitud”.⁷ Si esta frase se tradujera al griego, una única palabra, *charis*, bastaría para traducir ambos términos: tanto “gracia” como “gratitud”. Porque la gratitud que la gracia divina provoca en su beneficiario es también la expresión de aquella gracia impartida y sostenida por el Espíritu Santo que es quien derrama el amor de Dios en el corazón de los creyentes. Jesús había citado los dos mandamientos que unen el amor a Dios y el amor al prójimo como aquellos de los cuales dependen la ley y los profetas (Mateo 22:40). Para Pablo, pues, la libre actividad de este amor divino en la vida de los redimidos por la gracia representaba el “cumplimiento de la ley” (Romanos 13:10). Por ello, el apóstol insistió en que el Evangelio de la libre gracia no anulaba la ley esencial de Dios sino que, por el contrario, la confirmaba (Romanos 3:31).

El amor es un incentivo mucho más eficaz para estimular al cumplimiento de la voluntad de Dios de lo que las estipulaciones legales y el temor al juicio jamás podrían ser. Al menos así lo entendió Marción, un peculiar cristiano que vivió en el siglo II, y que admiraba la doctrina del apóstol Pablo, aunque sin llegar a comprenderla. Marción desarraigó al Evangelio de su pasado y lo desconectó de su futuro al negar la relevancia del Antiguo Testamento y del juicio venidero. Pablo, muy al contrario, no echó por la borda el Antiguo Testamento (como lo llamamos nosotros). Su contenido era, para él, las Sagradas Escrituras (Romanos 1:2), las únicas que conocía; las llamaba “la ley y los profetas” (Romanos 3:21) y las describió como “palabra de Dios” (Romanos 3:2); en Cristo encontraron su cumplimiento y cobraron su verdadero sentido; quienes las leen sin usar esta clave no podrán entender su significado, tienen un velo sobre su corazón (2 Corintios 3:15). Pablo les confería un valor muy importante porque las Escrituras veterotestamentarias daban testimonio del mensaje de la justificación por la fe en Cristo: el Evangelio que encontramos en el Antiguo Testamento había sido predicado con anterioridad a Abraham (Gálatas 3:8) y este era el mismo Evangelio que Pablo tenía que predicar: no se trataba de una nueva invención.

Pablo tampoco tenía ningún problema con el tema del juicio venidero. En un universo moral, la retribución divina tiene que ser una realidad; “si no, ¿cómo juzgaría Dios al mundo?” (Romanos 3:6). Sin embargo, a

⁷ T. Erskine, *Letters*, Edimburgo, 1877, p. 16.

diferencia de Pablo, Marción era irracionalmente radical. Séale, no obstante, contado a su favor que entendió correctamente el mensaje paulino de la salvación por la gracia, mensaje que muchos cristianos “ortodoxos” de su época no entendieron.

Tertuliano, por ejemplo, en su tratado *Contra Marción*, que escribió tras la muerte de éste, le desafía con solemnidad a que explique por qué no se había entregado a una vida de pecado, si de verdad no creía que el Dios y Padre que Jesucristo presentaba había de juzgar a la humanidad.⁸ “Tu única respuesta”, dice Tertuliano, poniendo estas palabras en boca de Marción, “es *absit, absit* (‘lejos de mí, lejos de mí’)”, burlándose de tal respuesta. Pero en esto Tertuliano demuestra que es él y no Marción quien difiere de Pablo. La expresión latina *absit* que Tertuliano pone en boca de Marción parece ser el equivalente del griego *me genoito* (“en ninguna manera” -en la RV-) que Marción, cuyo idioma era el griego, habría usado posiblemente.

Pero si Marción hubiera rechazado un desafío como el de Tertuliano con un contundente *me genoito*, estaría usando estas palabras precisamente en el sentido que lo hace Pablo en Romanos 6:15: “¿Qué, pues, diremos? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera.” Marción, igual que Pablo, se daba cuenta que para alguien que había recibido la nueva vida por la fe (que no es otra cosa que la vida de resurrección que Cristo comparte con el pecador), seguir viviendo en el pecado significaría una evidente contradicción de términos: “Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (Romanos 6:2). Pablo, a diferencia de Marción, sabía que algún día habría de dar cuentas del desempeño de su cometido al Señor que le había comisionado; sin embargo, lo que le frenaba a pecar no era su futura comparecencia ante el tribunal de Cristo. Aquel que anteriormente había vivido a la altura de la justicia que prescribía la ley mosaica no podía ahora, bajo la “ley de Cristo” (1 Corintios 9:21), conformarse con una norma inferior: puesto que ya no era él mismo quien vivía, sino Cristo en él, la meta que ahora dominaba su vida era la perfección de Cristo. Puede que Tertuliano supiera esto; quizá lo que perseguía era sencillamente añadir un argumento más en su debate contra Marción. Sin embargo, aun siendo así se exponía a la legítima réplica: “Entonces ¿tu única razón para no pecar es el temor a la ira venidera?”

Es probable que Marción –seguro en el caso de Pablo– experimentara que el amor de Cristo era el impulso más motivador de la vida; donde obra

⁸ Tertuliano, *Contra Marción* i. 27.

la fuerza del amor no existe ningún conflicto o sensación alguna de obligación o fastidio al hacer el bien: quien es movido por el amor de Cristo y capacitado por el poder de su Espíritu hace la voluntad de Dios de todo corazón, porque (como Pablo sabía por experiencia) “donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad” (2 Corintios 3:17).

CAPÍTULO I

El ascenso de Roma

1. Roma desde una perspectiva oriental

En estos días de grandes potencias mundiales no es fácil comprender cómo una sola ciudad pudo haber adquirido poder suficiente para extender su autoridad sobre una importante parte del mundo y establecer un gran imperio. Sin embargo, a lo largo de la historia muchas ciudades se han convertido, en su momento, en imperios. Hubo varias de ellas en el valle del Eufrates y del Tigris entre las que destaca Babilonia que en el siglo XVIII aC. alcanzó un poder enorme bajo el gran Hammurabi y más tarde –en el siglo VI aC. – llegó a dominar, no tan solo a sus vecinos de Mesopotamia, sino también las tierras del oeste hasta el Mediterráneo y la frontera egipcia. El Mar Mediterráneo mismo ha sido testigo del ascenso y declive sucesivos de varias ciudades imperiales. En el siglo V aC. el imperio de Atenas no solamente dominaba el Mar Egeo sino también una importante área del este del Mediterráneo que llegaba hasta Sicilia. Durante tres siglos, Cartago –que era a su vez una colonia de la ciudad-estado fenicia de Tiro– controló la parte oeste del Mediterráneo hasta que Roma, su rival, la obligó a renunciar a todas sus posesiones del Mediterráneo tras su derrota en la segunda guerra púnica a finales del siglo III aC. Durante la época cristiana, la ciudad de Venecia fue capaz de “dominar el espléndido este” desde los tiempos de las cruzadas hasta el siglo XVII.

Pero, de todas las ciudades que dominaron las tierras mediterráneas, ninguna como Roma ejerció sobre ellas y sobre otras mucho más lejanas una influencia tan permanente. El rápido ascenso de Roma al poder causó una profunda impresión sobre los pueblos de la antigüedad. Polibio, un político griego que fue llevado como rehén a Roma en el año 167 aC. y que tuvo la suerte de ganarse la amistad de Escipión Emiliano, el general romano más importante de su época, escribió una obra histórica (de la que los fragmentos que se conservan siguen teniendo un valor excepcional) con el propósito de describir el proceso que convirtió a Roma en la

gran potencia del Mediterráneo en el corto espacio de 53 años (221–168 aC.): un acontecimiento insólito en la historia.¹ Menos exacta, pero de gran valor instructivo por su viva descripción de la idealizada imagen de Roma en el Medio Oriente allá por el 100 aC. es la imagen que nos facilita 1 Macabeos 8:1-16, donde leemos cómo Judas Macabeo, que buscaba apoyo en su lucha contra los seléucidas, envió una carta a Roma:

A Judas le llegó la fama de los romanos: que eran muy poderosos, que trataban bien a sus aliados y que brindaban su amistad a los que acudían a ellos. Especialmente se hablaba de su poderío. Oyó hablar de las guerras que habían hecho y del valor que habían mostrado en la conquista de las Galias: de cómo las habían sometido, obligándolas a pagarles tributo; de lo que habían hecho en España, para apoderarse de las minas de plata y oro que allí hay; de cómo se habían apoderado de toda aquella región gracias a su estrategia y a su resistencia, a pesar de la distancia tan grande entre ella y su país; de cómo habían derrotado y aplastado a todos los reyes de los últimos rincones de la tierra que los habían atacado, mientras que los otros tenían que pagarles tributos anualmente. También habían derrotado en la guerra y sometido a Filipo² y a Perseo,³ reyes de Macedonia, y a los otros que los habían atacado. Supo también que Antíoco el Grande, rey de Asia,⁴ les había declarado la guerra y se había lanzado a la batalla con ciento veinte elefantes, y con caballería y carros y un ejército muy numeroso, y que había sido derrotado por ellos, que lo habían capturado vivo, obligando a él y a sus sucesores a pagarles un tributo muy alto, a entregar un cierto número de rehenes, y a cederles las provincias de la India, Media y Lidia, que eran de las mejores provincias, las cuales le habían quitado, dándoselas el rey Eumenes. Oyó también decir que cuando los griegos decidieron hacer una campaña para exterminar a los romanos, éstos se enteraron del plan y les enviaron un solo general para que les hiciera una guerra; los griegos tuvieron muchas bajas, y los romanos se llevaron cautivos a las mujeres griegas y a sus hijos, saquearon el país y se adueñaron de él, destruyeron sus fortalezas y sometieron a los habitantes a esclavitud hasta el día de hoy.⁵ Supo además que a los otros países e islas, y a todos los que se les habían opuesto, los habían derrotado y obligado a servirles, pero que, en cambio, con sus amigos y con los que

¹ Polibio, *Historia* i. 1. A continuación sigue con la historia de Roma hasta el año 146 aC.

² Filipo V de Macedonia, vencido en la batalla de Cynoscephalae en el 197 aC.

³ Perseo, vencido en la batalla de Pidna en 168 aC.

⁴ Antíoco III, rey seléucida, vencido en la batalla de Magnesia en 190/189 aC.

⁵ La referencia al aplastamiento de la revuelta de la coalición acaya y la destrucción de Corinto en el 146 aC. demuestra en este relato el poder romano, aunque situado en el periodo que precede a la muerte de Judas (160 aC.), se refiere a acontecimientos muy posteriores.

buscaban su protección mantenían una fiel amistad. Así han dominado a muchos reyes de cerca y de lejos, y todos los que oyen hablar de ellos les tienen miedo. Los que para ser reyes reciben el apoyo de los romanos, llegan a serlo; pero cuando éstos quieren, los quitan del trono. Así han adquirido un poder muy grande. Y sin embargo, ninguno de ellos se ha hecho coronar ni ha vestido el manto de púrpura ambicionando la gloria. Han establecido un senado, donde diariamente se reúnen sus trescientos veinte miembros⁶ para examinar los asuntos del pueblo y decidir lo que más conviene para mantener el buen orden. Cada año confían a un solo hombre el gobierno y el dominio sobre todo el imperio, y todos le obedecen, sin que haya envidia ni celos entre ellos.

Este relato contiene muchas inexactitudes en los detalles; la más sorprendente de ellas es la afirmación del final respecto a que el poder se transfería cada año a un solo hombre. De hecho, precisamente para impedir la concentración de poder en manos de un solo hombre, se elegía cada año a dos magistrados (cónsules) supremos, cada uno de los cuales tenía derecho de veto sobre las decisiones del otro. Aun así, el relato nos proporciona una idea clara de lo que se pensaba de los romanos en la Asia occidental de aquellos tiempos; la experiencia en propia carne de su carácter opresor condujo finalmente a una imagen mucho menos favorable tras dos o tres décadas.⁷

2. De rústico asentamiento a imperio mundial

En sus inicios, Roma era un conjunto de asentamientos agrícolas y ganaderos construidos sobre las colinas de la planicie del Lacio, a la orilla izquierda del Tíber. A comienzos de su historia, Roma cayó bajo control de los etruscos, pero tras una o dos generaciones consiguió liberarse de su yugo. Los etruscos se retiraron a la ribera derecha del Tíber. La carrera conquistadora de Roma comenzó con el cruce del río Tíber para asediar y conquistar la ciudad etrusca de Veii (400 a.C.). A partir de este momento, Roma se convirtió en la dueña de Lacio y después de Italia. Su intervención

⁶ El número de senadores romanos en el siglo segundo a.C. era de 300.

⁷ Esto se puede apreciar justo antes y después de la conquista de Judea (63 a.C.) por la descripción de los *Kittim* en el comentario de Qumrán sobre Habacuc (1QpHab 2, 1. 4-6, 1. 12) y las reacciones a su arrogancia e impiedad en los salmos de Salomón (2:20-32; 17:8-15). El pasaje anterior refleja posiblemente la propaganda anti-romana de Mitridates VI del Ponto, de la cual se ha conservado un ejemplo en una de sus cartas (69 a.C.) a Arsaces XII, rey de Partia (Sallust, *Historia*, fragmento iv. 69. 1-23). Véase F. F. Bruce, *New Testament History* (Londres, 2ª edición, 1971), págs. 9-12 y "The Romans through Jewish Eyes" en *Mélanges offerts à M. Simon*, ed. M. Philonenko (Estrasburgo, 1977).

en una lucha en Sicilia la llevaron a una disputa con los cartagineses que tenían importantes intereses comerciales en la zona. El resultado de ello fueron las dos guerras púnicas (264–241 y 218–202 a.C.), en la segunda de las cuales, Roma estuvo al borde de la destrucción, pero tras la decisiva derrota de Aníbal en Zama, al norte de África, Roma se proclamó soberana indiscutible del Mediterráneo occidental.

Tras su agotadora guerra contra Aníbal y sus fuerzas, Roma no tendría respiro: apenas había finalizado la segunda guerra púnica, cuando se vio envuelta de nuevo en una guerra, ahora contra Macedonia, uno de los estados que había heredado parte del imperio de Alejandro Magno. En el 195 a.C., Roma concedió la libertad a las ciudades-estado griegas que la habían perdido alrededor de un siglo y medio antes con Filippo, el padre de Alejandro. Sin embargo, esta recobrada libertad tenía unos límites muy estrictos, ya que Roma se erigió a sí misma en protectora de las ciudades liberadas. Ningún poder pudo inmiscuirse impunemente en sus asuntos. Cuando el reino de los seléucidas (otro de los estados herederos del imperio de Alejandro) lo intentó en el 192 a.C., no tan solo fueron sus fuerzas repelidas, sino que su propio territorio fue invadido por las legiones romanas con su consecuente destrucción y empobrecimiento. Roma no desaprovechó ninguna ocasión para fomentar la oposición contra los intereses seléucidas, tanto en el Egipto ptolemaico (otro de los estados herederos de Alejandro) como entre los judíos insurgentes, liderados por Judas Macabeo y sus hermanos (a partir del 168 a.C.).

Estas circunstancias llevaron a Roma a involucrarse cada vez más en el Oriente Medio. En el 133 a.C., el último rey de Pérgamo, aliado de Roma, murió y legó su territorio (la parte occidental de Asia Menor) al senado romano y a su pueblo. El legado fue aceptado y el territorio se convirtió en la provincia romana de Asia. El gobierno romano no era muy popular y en el 88 a.C. el rey Mitrídates VI del Ponto (en la costa del Mar Negro), que a su vez albergaba aspiraciones imperiales en la zona, instigó un levantamiento contra Roma en la provincia. El resultado fue una guerra entre Roma y el Ponto que se prolongó durante casi un cuarto de siglo. Cuando al final de este periodo Roma finalmente prevaleció bajo el mando del general Pompeyo, éste se vio obligado a reestructurar completamente el orden político de Asia occidental; en el 63 a.C. ocupó Judea tras conceder a Siria el estatus de provincia romana el año anterior.

Tras la colonización de Pompeyo y durante más de treinta años, diferentes aspirantes rivales se disputaron el poder supremo en el mundo romano, pero la victoria en la batalla naval de Actium (31 a.C.), que significó

la caída de Cleopatra, la última soberana del poder ptolemaico junto con Antonio, su aliado romano, constituyó a Octavio, hijo adoptivo y heredero político de Julio César, como amo y señor del mundo romano. Con mucho talento político, Octavio, que en el 27 aC. adoptó el título de Augusto, conservó el marco republicano del estado romano, pero concentró el poder en sus manos. En Roma se contentó con el título *princeps* (primer ciudadano de la república). Pero en las provincias orientales tanto él como sus sucesores fueron reconocidos como lo que eran en realidad: los herederos de los dominios de Alejandro y de las dinastías entre las que fue dividido su imperio, reyes entre reyes, como los grandes potentados del oriente de la antigüedad.

Bajo este dominio de Roma –primero de la Roma primitiva y después, a partir del siglo V, de la nueva Roma que se estableció en Constantinopla– vivieron los pueblos del Cercano Oriente hasta la conquista árabe del siglo VII.